La artillería en la guerra de la independencia

Crl Inf (R) Julio Cassaretto Bardales

Desde la pacificación del Perú en el siglo XVI, la amenaza principal del virreinato se centró en la posibilidad de ataques desde el mar (piratas, corsarios, expediciones británicas u holandesas). En base a ello, los diferentes virreyes determinaron la fundición de gran cantidad de cañones para la armada real y para las fortificaciones del Callao y otros puertos del Pacífico. Sin embargo, a fines del siglo XVIII, una nueva amenaza se cernía sobre el virreinato del Perú: se había dado inicio a los movimientos emancipadores tanto al norte como al sur del sub continente, lo que implicaba batallas terrestres al interior del territorio, para lo cual se requería de artillería que pudiera acompañar a las tropas en los desiertos, cordilleras, desfiladeros, profundas quebradas y altiplanicies que se constituirían en el nuevo teatro de operaciones, requerimiento para lo cual no estaba preparada la artillería virreinal.

El historiador argentino Julio Luqui-Lagleyze, en su obra Por el rey, la fe y la patria (2006), describe cual fue la situación de la artillería virreinal en el Perú a fines del siglo XVIII:

> En el Perú el Real Cuerpo de Artillería, estuvo formado desde fines del siglo XVIII (1790) por una sola compañía de 94 plazas, con 12 oficiales para emplearlos en los destacamentos del virreinato. Tenía, además, una compañía en Chiloé. Existían compañías de milicias de artillería que suplían la escasez del Real Cuerpo en Lima, Cusco y Chiloé.

Al empezar el siglo XIX, la artillería de los reales ejércitos continuaba en un estado lamentable, con la compañía de artillería de campaña mencionada, acantonada en las celdas del colegio de los Desamparados (Luqui-Lagleyze, 2006), equipada con veintinueve piezas de artillería entre las cuales había seis piezas de batalla de cuatro libras, dieciocho de montaña de igual calibre y cinco piezas de entre una y tres libras, con falta de instrucción y entrenamiento en el personal.

Además, la inexistencia de arsenales obligó que, al interior del Palacio de los Virreyes, en un ambiente denominado sala de armas, se almacenen fusiles nuevos y en uso (Álvarez y Thomas, 1860). Se contaba con una pequeña maestranza en el Callao con pocos operarios. Asimismo, la maquinaria de la fábrica de pólvora ubicada en Martinete, se encontraba en muy mal estado, reflejándose en una pobre producción anual. Un caso más grave aún era que la gran cantidad de artillería de plaza (defensa de costa), montada en el Callao que no tenía dotaciones de personal mínimas (Álvarez y Thomas, 1860).

El 13 de agosto de 1804, por real orden se creó en el Perú el departamento del Real Cuerpo de Artillería de Ultramar (Luqui-Lagleyze, 2006). Motivo por el cual, en 1805 arribó a Lima el recién ascendido brigadier Joaquín de la Pezuela y Sánchez Muñoz de Velasco, con el cargo de sub inspector y comandante de la artillería de Lima, este oficial realizaría un gran cambio en esta arma. Casi en simultáneo, en 1806 asume el virreinato del Perú el general Fernando de Abascal y Souza, quien dio un gran apoyo a las reformas del arma de artillería iniciadas por Pezuela. Como primer acto se organizó una brigada compuesta por tres compañías a pie y una a caballo, con 403 plazas veteranas y 700 de milicias. Este incremento de efectivos generó el requerimiento de un nuevo cuartel para este cuerpo. Iniciándose la construcción del emblemático cuartel Santa Catalina, el 22 de agosto de 1806. Dentro de sus instalaciones existía pabellón de oficinas, pabellón de oficiales, cuadras de tropa, almacenes, arsenales, maestranza, capilla y una nueva fundición de cañones que llegó a fundir más de cien piezas de artillería de batalla y de plaza con sus cureñas, proyectiles y metralla ubicada en la parte posterior del mismo (Vargas, 1981). También se refaccionó la Escuela Práctica de Artillería lo que permitió que la instrucción y el entrenamiento se realicen en forma regular y uniforme. Estas acciones fueron complementadas con la construcción de una nueva fábrica de pólvora, que contaba con maquinaria moderna y capacidad para producir hasta 20 quintales diarios (Álvarez, 1860). Esta misma que fue puesta en consignación a Sebastián de Ugarriza, quien traía el nitrato desde Tarapacá (Maldonado y Carcelén, 2013). Las profundas reformas impuestas por Pezuela fueron coronadas con el

éxito y recogió sus frutos a partir, de 1814, cuando asumió el comando del Ejército Realista del Alto Perú, contando con cuarenta y ocho piezas de artillerías de batalla y por primera vez en estas tierras piezas de artillería de montaña, con las que enfrentó exitosamente a las fuerzas patriotas de Las Provincias Unidas del Rio de la Plata en las batallas de Vilcapuguio y Viluma.

El ingeniero Jorge Grieve en su libro, Historia de la Artillería y de la Marina de Guerra en la contienda del 79 (1982), se refiere a la aparición de artillería de montaña en los siguientes términos:

> El historiador inglés Ian V. Hogg sugiere que, como resultado de la experiencia del ejército inglés en las guerras napoleónicas en España, los ingleses desarrollaron la artillería de montaña, es decir, piezas de artillería desmontable y transportable a lomo de mula. En realidad, el primer cañón liviano, de montaña, de 4 libras, desarmable en sus componentes cañón, cureña, etc., fue concebido y desarrollado por el ingeniero militar turinense Ignazio Bertola, en 1745.

La expedición libertadora

Es a partir de 1818, que el gobierno chileno inicia la organización de una expedición hacia el centro del virreinato del Perú, con la finalidad de consolidar la independencia de su propio país, creando una escuadra en base a algunas naves españolas capturadas y otras adquiridas en el Reino Unido de la Gran Bretaña, así como, organizar a las tropas rioplatenses y chilenas. De tal manera que, para mediados de 1820, la Expedición Libertadora al Perú se encontró lista con el general argentino José de San Martín como su comandante y el vicealmirante de origen británico Thomas Cochrane, como comandante de la escuadra. Los patriotas zarparon de Valparaíso el 20 de agosto, con una flota compuesta por ocho buques de guerra y diecisiete transportes, llevando a cuatro mil cuatrocientos hombres y veinticinco piezas de artillería (Dellepiane, 1977).

La escuadra fondeó en la bahía de Paracas, iniciando el desembarco de las tropas el 8 de septiembre, con un destacamento de las tres armas al

mando del brigadier Las Heras, que lanzó un reconocimiento en dirección a Pisco ocupando la localidad en la noche. El coronel realista Quimper, que operó en la zona, se limitó a observar los movimientos patriotas e informar al virrey Pezuela, replegándose posteriormente hacia Ica. El grueso de las tropas patriotas continuó el desembarco hasta el día 11 de septiembre, ampliándose los reconocimientos hacia el norte (Chincha) y el este (Ica). Entre el 14 de septiembre y el 4 de octubre, se acordó un armisticio con el virrey Pezuela, abriéndose negociaciones en Miraflores que fracasaron por las irreconciliables posiciones de cada bando. Esto, obligó a retomar las operaciones militares, San Martín ordenó que el general Juan Antonio Álvarez de Arenales que se interne en la sierra, con la finalidad de engañar a los realistas de las verdaderas intenciones de los patriotas y agitar el sentimiento libertario en la población peruana, para lo cual partió con dos batallones de infantería, medio escuadrón, un pelotón adicional y dos piezas de artillería, debiendo enfrentar en primer lugar a las fuerzas de Quimper en Ica, las que batió persiguiendo sus remanentes hasta el pueblo de Nazca. Una vez libre su retaguardia de presencia realista, inició su internamiento en la sierra con dirección a Huamanga.

En la pintura Desembarco del general José de San Martín en Paracas, se puede apreciar en el extremo inferior izquierdo, una pieza de artillería montada en su cureña y otra desmontada en tierra. La imagen fue tomada del libro Historia general del Ejército del Perú: Siglo XIX de la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú (CPHEP).

El general San Martín mientras tanto, reembarcó al Ejército Libertador entre los días 24 al 28 de octubre, navegando hacia el Callao a donde arribó el día 29, realizando fintas y demostraciones con la finalidad de amedrentar a las tropas del Virrey y preparar a la población del puerto y de la capital ya que se requeriría su apoyo posteriormente. El día 30, continuó sobre la bahía de Ancón al norte de Lima, desembarcando algunas unidades ligeras al mando del capitán francés al servicio patriota Pedro Benigno Raulet, quien se aproximó temerariamente a Lima, batiendo a elementos de caballería realista y capturando a un oficial y tropa enemiga. Luego de reembarcar a sus fuerzas, el general

San Martín continuó hacia el norte desembarcando a todas las unidades en Huacho y ocupando una posición defensiva en la ribera norte del río Huara. En respuesta a esta maniobra, el virrey ocupó con el Ejército Realista de Lima, una línea defensiva en la ribera sur del río Chillón, con su puesto de comando en la hacienda Aznapuquio (Carabayllo - Lima) al norte de la capital (Dellepiane, 1977).

El virrey ordenó que la vanguardia de su ejército que ocupaba la zona del valle de Chancay al mando del activo general Jerónimo Valdez, quede constituida con el Batallón Numancia, un escuadrón de caballería y dos piezas de artillería. En tanto, San Martín había logrado entablar comunicaciones secretas con la oficialidad de este batallón, formado por tropas colombianas, teniendo el compromiso de deserción e incorporación a las tropas patriotas, para esto, dispuso que el general Alvarado se adelante con la caballería hacia Huacho. El virrey había dispuesto el repliegue de su vanguardia hacia Aznapuquio ordenando al general Valdez que se adelante con la caballería y sus piezas de artillería, dejando al Batallón Numancia en la cuesta de Pasamayo del lado de Huacho para que descanse durante el día y retome la marcha en la noche. El 3 de diciembre por la noche se produjo el motín y las tropas del batallón se embarcaron en Chancay para dirigirse a Huacho a incorporarse al Ejército Libertador, esto fue un golpe muy duro para el virrey Pezuela (Dellepiane, 1977).

Álvarez de Arenales realizó una excelente campaña en la sierra, batiendo sucesivamente a diferentes fuerzas realistas, capturando a oficiales, tropa y material en grandes cantidades, combatiendo con gran valor en la batalla de Cerro de Pasco el 6 de diciembre de 1820, logrando capturar al general español O'Reilly, para finalmente reincorporarse al grueso de las tropas patriotas en Huaura, descendiendo de los Andes por la quebrada del rio Chancay (Dellepiane, 1977).

La indecisión que mostró el virrey en la conducción de las operaciones, provocó un amotinamiento de los generales españoles liderados por el teniente general La Serna (oficial más antiguo presente en Aznapuquio)

que depuso a Pezuela el 29 de enero de 1821, asumiendo a partir de ese momento el cargo de virrey del Perú. Por su parte, San Martín por recomendación de Lord Cochrane ordenó que una fuerza patriota al mando de Miller realice una expedición al sur del Perú que culminó en la victoriosa batalla de Mirave el 22 de mayo de 1821, en donde se emplearon por primera vez en un combate terrestre en territorio peruano, los cohetes Congreve que causaron mucho temor y bajas entre los realistas (Dellepiane, 1877).

Entre el 4 de mayo y el 30 de junio se produjo un armisticio, el cual fracasó luego de varias reuniones de alto nivel en Punchauca, Miraflores y finalmente en la nave neutral Cleopatra fondeada en la bahía del Callao. Antes de que finalicen las negociaciones, el virrey decidió abandonar la ciudad de Lima para trasladarse a la sierra central del Perú, en donde pensaba reorganizar a sus fuerzas con miras a continuar las operaciones militares. Tan pronto fue abandonada Lima, los patriotas ingresaron a la ciudad y días después en reunión de cabildo se redactó el Acta de la Independencia, la misma que fue proclamada el 28 de julio de 1821, por el general San Martín en la plaza Mayor de la ciudad, en medio de gran algarabía y salvas de artillería, marcando a partir de ese momento, el inicio de la vida republicana del Perú (Dellepiane, 1977).

Creación de la Legión Peruana de la Guardia.

Tan pronto como se proclamó la independencia, San Martín decidió crear los primeros cuerpos de tropas regulares que constituirían el inicio del Ejército Republicano del Perú. En agosto de 1821, mediante decreto protectoral se crea un destacamento[1] denominado Legión Peruana de la Guardia al mando del general José Bernardo de Tagle. El decreto mencionaba lo siguiente (Oviedo, 1865):

> El Protector de la Libertad del Perú
>
> Consultando la dignidad del Gobierno y el aumento de la fuerza física que debe sostener la Independencia del Perú, he dispuesto

1 Reunión de varias unidades de armas distintas.

crear un cuerpo, cuyo eminente privilegio sea servir de modelo a los demás, por su valor en los combates, y por su disciplina en todas circunstancias. Por tanto, ordeno y establezco lo que sigue:

1. Se formará un cuerpo denominado Legión Peruana de la Guardia, compuesto por ahora de un batallón de infantería, dos escuadrones de caballería, y una compañía de artillería volante[2] de cien plazas.

2. El comandante en jefe de esta legión será el mariscal de campo marques de Torre-Tagle, inspector general de todas las guardias cívicas. (.....)

3. La compañía de artillería se compondrá de los veteranos de esta arma, que voluntariamente quisieran enlistarse en ella, cuyo capitán comandante se nombrará después (...)

Dado en Lima, a diez y ocho de agosto de 1821, año 2º de la libertad del Perú.

San Martín - Bernardo Monteagudo

El mando de la Compañía Volante fue asignado al capitán argentino José Arenales, quien inició la organización de la misma en base a diecisiete artilleros del Ejército Libertador del Perú, mientras se reclutaban a jóvenes peruanos para integrarse en ella. Para inicios del año de 1822, los efectivos de la artillería peruana se incrementaron organizándose una brigada[3] conformada por la compañía volante original y dos compañías a pie[4] adicionales, ratificando en el mando al recién ascendido sargento mayor Arenales (Álvarez y Thomas, 1860).

---

2 Se denominaba artillería volante o artillería a caballo, a aquella artillería que traslada sus bocas de fuego, cureñas, juegos de armas y municiones a lomo de mula, armones o limoneras y que sus sirvientes de pieza utilizaban caballos para desplazarse, se atribuye su creación a Federico II de Prusia en 1776. Sin embargo, un año antes, los españoles en el virreinato del Rio de la Plata ya la habían empleado (Roldán, 2010).

3 Durante el siglo XIX la artillería peruana heredó la organización y doctrina del ejército español, denominándose en la artillería el término «brigada», a la unidad operativa de más alto nivel en esa arma.

4 Se denominaba compañías de artillería a pie, a aquellas que transportan sus piezas de artillería, juegos de armas y munición a lomo de mula, mientras que el personal de sirvientes de pieza se desplaza a pie conduciendo el ganado (mulas).

De la misma forma, se designó como primer comandante general del arma[5] al coronel Rafael Jimena natural de Guayaquil.

El material con el que fue equipada el joven cuerpo de artillería del Perú, fue heredado casi exclusivamente de las piezas empleadas por las fuerzas españolas en el virreinato; vale decir, cañones de 4 libras de batalla, cañones de 4 libras y 3 libras de montaña, licornes[6] de 4 libras y culebrinas de 3 libras, todas de anima lisa con las antiguas cureñas tipo «cola de pato» de la ordenanza española de artillería de 1783, con pesadas gualderas y grandes ruedas que complicaban el transporte a lomo de mula, requiriéndose hasta cinco mulas para un cañón de montaña y recambios constantes del ganado por agotamiento (Álvarez y Thomas, 1860). Lastimosamente, no pudieron ser preservadas piezas de la época, pero gracias al libro del teniente coronel Mariano Delgado de la Flor Apuntes sobre artillería (1860), se puede transcribir las características de las principales piezas de artillería de montaña empleados por la artillería peruana al inicio de la vida republicana del país:

Cañón de montaña de bronce de cuatro libras.

Calibre:	87 mm.
Longitud del cañón:	80 cm.
Longitud del ánima:	73 cm.
Peso del cañón:	75 kilos.
Peso de la bala rasa:	4 libras.

Cañón de montaña de bronce de tres libras[7]

Calibre:	71 mm.
Longitud del cañón:	1, 01 cm.

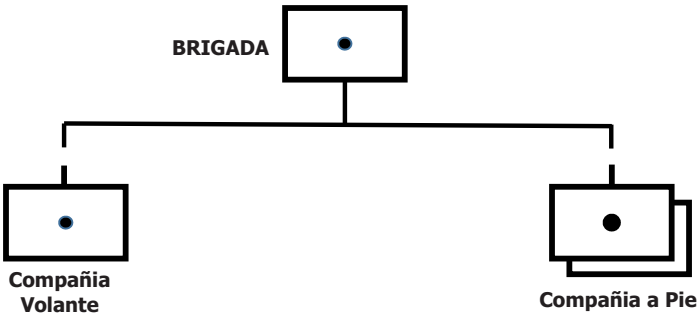
5 Durante la mayor parte del siglo XIX, el cuerpo de artillería fue independiente del comando del inspector general del ejército, teniendo un inspector y comandante general del arma que dependía directamente del ministro de Guerra y Marina, asignando unidades al ejército en campaña a su solicitud.

6 Obuses rusos o cañones de menor longitud y refuerzos que los correspondientes a su calibre, destinados a tirar granadas y metralla (Roldán, 2010), en el Perú se les denominaba «licornes» a los obuses de 4 libras.

7 Existe un cañón de 3 libras preservado en el Museo del Ejército de la fortaleza del Real Felipe, pero fue modificado en 1884 a retrocarga cortándole la culata, el mencionado cañón no se concluyó faltándole el rayado del ánima.

Longitud del ánima: 0,98 cm
Peso del cañón: 86 kilos.
Peso de la bala rasa: 03 libras.

Obús de montaña de bronce de cuatro libras (licorne)
Calibre: 96 mm
Longitud del obús: 0,98 metros.
Longitud del ánima: 0,86 metros.
Peso del obús: 90 kilos.
Peso de la granada: 04 libras.



Organigrama de la Brigada de Artillería en 1823.

En cuanto a la parte doctrinaria: las ordenanzas, en donde se plasmaba el empleo táctico, el servicio en guarnición, el servicio interior y la organización del arma, no sufrieron variaciones a la doctrina española, la que siguió vigente hasta la llegada de la Misión Militar Francesa en 1896, que permitió tener nuestros primeros reglamentos y manuales editados por la institución. Por lo tanto, durante casi todo el siglo XIX, la artillería del Perú se organizó a la usanza española, de la siguiente manera:

- Artillería de campaña, compuesta por:
  - La artillería de batalla o rodada[8] (en armones).
  - La artillería de montaña o a lomo (en bastes).
- Artillería de plaza: Equivalente a la artillería de defensa de costa con piezas de gran calibre.

Operaciones entre 1822-1823

Ante el retiro del país del libertador José de San Martín en septiembre de 1822, el Congreso del Perú tuvo que designar una Junta de Gobierno para que cumpliera las funciones del poder ejecutivo. Esta estaba compuesta por tres miembros, uno de ellos con el cargo de presidente de la junta que fue asumido por el mariscal de campo José de La Mar. Ante la imperiosa necesidad de reemprender las operaciones militares contra las fuerzas realistas, se recurrió al plan estratégico diseñado por el general San Martín, que consideraba atacar a las tropas del virrey desde tres direcciones de aproximación estratégicas; la primera, desde las Provincias Unidas del Rio de la Plata sobre el Alto Perú (actual Bolivia); la segunda, desde Lima hacia la sierra central y la tercera dirección en la cual se conduciría el esfuerzo principal, que visaba un desembarco en la zona sur del Perú «Una vez que tocara tierra en puertos intermedios debía internarse con la mayor rapidez, para introducirse en cuña entre los gruesos realistas y maniobrarlos por líneas interiores» (Dellepiane, 1977). Esta maniobra requería de sincronización en el tiempo y gran cantidad de medios humanos y materiales. Para poder llevar adelante este plan se realizaron las gestiones ante el Gobierno rioplatense, encontrándose una buena predisposición, pero por problemas internos no se permitió el apoyo requerido; por su parte la división colombiana enviada por Bolívar se negó a participar argumentando una serie de pretextos. A pesar de estos inconvenientes, la Junta de Gobierno ordenó iniciar las operaciones.

8 Se denomina artillería de batalla o rodada, a aquella en que la pieza por su volumen y peso no puede ser desmontada en partes y transportada a lomo de mula, motivo por el cual la cureña de la pieza se enganchaba a un avantrén formando un carro de cuatro ruedas (Armón) halado normalmente por caballos, el avantrén tenía una o dos cajas de munición sobre las cuales se sentaban dos artilleros.

La indecisión del comando peruano desde el inicio del desembarco en Arica y la hábil e inteligente maniobra retardatriz del general Valdez, que llevó las operaciones militares desde Tacna hasta Torata, cediendo espacio a cambio de tiempo para la llegada de refuerzos a cargo de Canterac, provocaron las derrotas patriotas en las batallas de Torata y Moquegua, marcando el fin de esta primera campaña a puertos intermedios, que fue pésimamente conducida por el general Alvarado, pero que adicionalmente careció del apoyo concurrente de las otras dos fuerzas requeridas para fijar a las tropas realistas en el territorio que ocupaban, permitiendo el refuerzo a Valdez. Es importante aclarar que el recientemente creado cuerpo de artillería peruano no acudió a esta campaña (Dellepiane, 1977).

Las noticias del rotundo fracaso de la expedición al sur, llegaron a Lima a inicios de febrero, provocando un profundo malestar que derivaría en el primer golpe de Estado de nuestra historia, conocido como el motín de Balconcillo. El Congreso dispuso el fin de funciones de la Junta de Gobierno y eligió al coronel de milicias José de la Riva Agüero como el primer presidente de la republica de nuestro país, ascendiéndolo a los pocos días al grado de gran mariscal del Perú (Dellepiane, 1977). El nuevo gobernante desplegó gran actividad en recomponer al Ejército para iniciar una nueva campaña al sur. Logró armar e instruir aproximadamente a cinco mil cien hombres exclusivamente de unidades peruanas, al mando del flamante general de división Andrés de Santa Cruz, teniendo como jefe de Estado Mayor al también recientemente ascendido general de brigada Agustín Gamarra. Entre los días 14 y 25 de mayo de 1823, parten las naves trasladando a la fuerza expedicionaria al sur, entre ellas se embarca la Compañía Volante de la Brigada de Artillería del Perú, con ocho piezas de artillería de montaña al mando del teniente coronel N. Morla (Hidalgo, Medina, Sánchez y Gálvez, 2005). El almirante Guise, comandante de la escuadra peruana adelantándose a los transportes fletados, ocupó con su marinería «a sangre y fuego» el puerto de Arica el 7 de junio (Denegri, 1976) y el 17 de ese mes, las tropas del general Gamarra desembarcaron en dicho puerto avanzando luego a Tacna; mientras el general Santa Cruz hizo lo propio en el puerto de Ilo, trasladándose a

continuación hacia Moquegua. La artillería se dividió en una batería de cuatro piezas para cada una de los núcleos de fuerza. Con esta decisión, Santa Cruz había fraccionado a su ejército en dos divisiones independientes, que actuarían aisladas fuera de la distancia de apoyo, incumpliendo con el principio de la guerra denominado «Masa» o «Concentración»[9], este error tendría consecuencias fatales en la futura conducción de la campaña.

Recién el día 23 de julio, las fuerzas peruanas de Santa Cruz y Gamarra iniciaron desplazamiento hacia el Alto Perú, marchando en forma paralela pero separados por decenas de kilómetros. La inacción desde los desembarcos en Arica e Ilo y la lentitud del desplazamiento de ambas fuerzas permitió a los realistas que contaban con un eficiente sistema de inteligencia, realizar los movimientos de tropas requeridos para enfrentar a la amenaza que significaba esta nueva expedición a puertos intermedios. Santa Cruz ocupó La Paz el día 8 de agosto y al día siguiente Gamarra hacía lo propio en Viacha. Estos movimientos alarmaron al general Olañeta que se replegó hacia Oruro y luego Potosí, en su rápido repliegue dejó gran cantidad de armamento incluido veintidós piezas de artillería y el parque general que fue capturado por Gamarra cuando ingresó a Oruro, con lo cual se sintió satisfecho y no continuó la persecución de las fuerzas realistas (Vargas, 1981).

Santa Cruz permanecía en La Paz sin una idea clara de las próximas operaciones por realizar, cuando se enteró de la presencia del general Valdez en Puno. Comprendiendo el riesgo que corría la división de Gamarra, salió al encuentro de esta fuerza y el día 25 de agosto al medio día la vanguardia peruana con dos piezas de artillería tomó contacto con las tropas realistas, quienes no querían entablar un combate decisivo y se limitaban a responder el fuego de los patriotas continuando con su repliegue al norte. A fines de la tarde el general Santa Cruz ordenó simular una retirada general peruana y Valdez cayó en la trampa, dejando las alturas que ocupaba bajando al llano y

9 El principio de la guerra de Concentración o Masa, consiste en reunir los medios humanos y materiales para el combate en forma sincronizada en el momento y lugar preciso para obtener resultados decisivos en la batalla.

lanzándose al contrataque en persecución de los peruanos. En ese momento los escuadrones de húsares peruanos realizaron una violenta carga de flanco contra las tropas realistas ocasionándoles muchas bajas y desorden entre sus filas. Sobre la participación de la artillería peruana en esta batalla, el mayor de artillería Teófilo Iglesias en su artículo «El poder de la artillería a través de la historia» (1930), menciona: «…impide todo acceso al puente, después preciosamente emplazada a "media loma" hace un fuego repetido y en buena dirección que Santa Cruz califica de matador en todas partes». La caída de la noche no permitió a Gamarra realizar una persecución y Valdez se retiró dejando a los peruanos en el campo de batalla quienes el día 26 se replegaron a su antiguo campamento. Santa Cruz fue informado que el 28 de agosto las tropas de Valdez se habían reunido con las del virrey La Serna, quedando de esa manera entre dos fuegos enemigos y separado de la otra división peruana, decidiendo agruparse con las tropas del general Gamarra y tomar el mando directo de toda la fuerza expedicionaria, cumpliendo su cometido el 8 de septiembre. Una vez reunidas las tropas peruanas fueron perseguidas por la totalidad de las tropas realistas (la división Olañeta se incorporó a las tropas del virrey) en lo que se denominó la «Campaña del Talón», que no consistió en otra cosa que el repliegue general desordenado de las tropas peruanas hacia el puerto de Ilo (Dellepiane, 1977).

En medio del caos reinante entre las fuerzas peruanas, merece especial mención el desempeño del sargento mayor[10] de artillería Manuel Lastra, jefe del Parque General del Ejército y de la Compañía Volante de Artillería, que con seis cañones de montaña, el parque general y la maestranza de todo el ejército, recibió en Sicasica la incomprensible orden de vivaquear durante la noche en la aldea de Belem lejos del grueso de la fuerza peruana (Álvarez y Thomas, 1860), al día siguiente la vanguardia realista se encontraba ya muy cerca y «Santa Cruz se da cuenta de que ha perdido su artillería, la rápida retirada se convierte en desastrosa fuga» (Iglesias, 1930). Nuestra artillería que no había

10 Grado o rango militar equivalente al de mayor en la actualidad.

recibido orden alguna, quedó completamente aislada de nuestras fuerzas[11]. El mayor Lastra tomó la decisión de alcanzar a la fuerza expedicionaria, debiendo conducir a sus cañones y al parque que se encontraban acondicionados en aproximadamente 100 mulas, por el inclemente territorio del altiplano del Alto Perú en medio de fuertes nevadas, desplegando mucho esfuerzo y sacrificio, logrando avanzar durante tres días consecutivos que le permitió alcanzar el poblado de Viacha, tomando solo descansos para pasar sus alimentos y cuidando su preciada carga. En este punto el mayor Lastra se adelantó para contactar con el cuartel general y solicitar el apoyo de elementos de caballería para que protejan su reunión con el ejército. El capitán de artillería Francisco Méndez quedó al mando de la artillería y el parque, por lo que tuvo que enfrentar a elementos adelantados de la caballería realista, ordenando ocupar una pequeña altura en donde entró en batería una sección de dos piezas. Mientras tanto, el resto de sirvientes de pieza, encargados del parque y operarios de la maestranza en campaña, formaron una línea defensiva para enfrentar la carga de la caballería realista, que detuvo su ataque debido al feroz fuego de fusilería y artillería que desencadenaron nuestras fuerzas. Aprovechando la situación de confusión del enemigo y pese a la gran fatiga, los artilleros continuaron su marcha logrando incorporarse al grueso de nuestro ejército en la madrugada del día siguiente en Tiahuanaco a dos jornadas del Desaguadero (Álvarez y Thomas, 1860).

Luego que el Ejército del Perú cruzara el río Desaguadero y se tomara un día de descanso, el general Santa Cruz ordenó que una fuerza compuesta por tropas de infantería imposibilitados de continuar la marcha (heridos y agotados extremos) del valor aproximado de una compañía, reforzados por una sección de cañones (dos piezas) al mando del teniente Manuel Ros, cubran la retirada del ejército. Esto evitó que los realistas reconstruyan el puente de balsas por donde había vadeado los peruanos el río el día anterior. La vanguardia enemiga compuesta por una columna de cazadores y un regimiento de

11 Este error que privó de artillería al Ejército peruano, evitó que las fuerzas de Santa Cruz puedan enfrentar a la agotada vanguardia realista en Ayo Ayo.

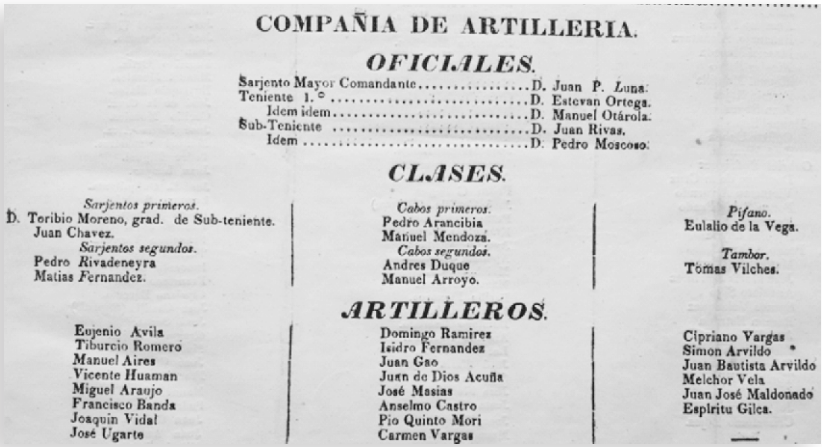
caballería, llegaron al punto de pasaje una hora después que partió el general Santa Cruz y se enfrentó con las tropas peruanas que quedaron con misión de retardo. Estas resistieron heroicamente durante cerca de seis horas, hasta que fue obligada a rendirse debido a la aplastante superioridad numérica; permitiendo de esta manera retrasar la progresión de los realistas y asegurar la retirada peruana hasta el puerto de Ilo (Álvarez y Thomas, 1860).

Operaciones en 1824

El retraso del pago de haberes y la mala alimentación, fueron los motivos por los cuales el 5 de febrero de 1824, las tropas del regimiento argentino Rio de La Plata protagonizó una sublevación en la fortaleza del Real Felipe. Luego de someter al general Rudecindo Alvarado que desempeñaba el cargo de gobernador de la fortaleza y a los jefes y oficiales patriotas, iniciaron negociaciones que no llegaron a buen término por las penurias fiscales por las que pasaba el país. Aprovechándose de esta situación, el coronel realista José Casariego quien se encontraba prisionero en la fortaleza, convenció al sargento Moyano líder del movimiento, que serían cruelmente castigados si se rendían a los patriotas, en cambio sería indultados por el virrey si entregaban la plaza a los realistas. Moyano, liberó a los prisioneros realistas y recibió el grado de coronel, izando la bandera española sobre la fortaleza. Con la plaza en su poder, Casariego informó de lo sucedido al brigadier Rodil que se encontraba en el valle de Ica, quien ordenó que el coronel Isidro Alaix se traslade por mar a la fortaleza (Rodríguez, 2012). Poco después el general Canterac nombró al brigadier José Rodil gobernador político y militar de los fuertes del Callao (Rodríguez, 2012).

Mientras se sucedían estos acontecimientos en el Callao, el Ejército patriota concentrado a lo largo del Callejón de Huaylas en Huaraz, había iniciado operaciones contra el Ejército del Norte del teniente general Canterac. Para este fin aprovecharon la sublevación del general Olañeta en el Alto Perú y el envío de la división del general Valdez para sofocarla, lo que modificó el equilibrio de fuerzas. Debido a las pérdidas sufridas en las operaciones militares de 1822-23, la artillería peruana solo pudo

concurrir a esta campaña con la Compañía de Artillería Volante con seis piezas de montaña de 4 libras. Pero las dificultades para reemplazar cureñas, bastes y el ganado necesario, ocasionaron que solo puedan continuar la marcha de aproximación hacia el enemigo una sección de dos piezas de artillería. En la tarde del 06 de agosto de 1824, las tropas realistas salieron del pueblo de Reyes hacia la pampa de Junín, en tanto solo la caballería patriota con un efectivo de novecientos jinetes y la sección de artillería habían llegado a la zona, ya que el grueso de la infantería se encontraba todavía a 10 kilómetros de distancia. Bolívar decide lanzarse al ataque con la caballería para evitar la fuga del Ejército realista, pero al desembocar en la pampa se encuentra con zonas pantanosas que dificultan seriamente el despliegue de sus escuadrones. Canterac se percata del hecho y ordena que su infantería continúe rápidamente la marcha hacia el sur y él con sus mil trescientos jinetes sale a detener a los patriotas, iniciando Extracto de la relación nominal del personal de oficiales, clases y soldados de la Compañía de Artillería (volante) que concurrieron a la batalla de Junín, publicada por orden del ministro de Guerra y Marina en el diario oficial El Peruano el 20 de enero de 1844, casi veinte años después de la batalla, para preservar la relación de combatientes debido al severo deterioro de las originales listas de revista de asistencia a dicha batalla.



COMPAÑIA DE ARTILLERIA.

OFICIALES.

Sarjento Mayor Comandante.....D. Juan P. Luna.
Teniente 1.° .....D. Estevan Ortega.
Idem idem.....D. Manuel Otárola.
Sub-Teniente .....D. Juan Rivas.
Idem .....D. Pedro Moscoso.

CLASES.

Sarjentos primeros.
D. Toribio Moreno, grad. de Sub-teniente.
Juan Chavez.
Sarjentos segundos.
Pedro Rivadeneyra
Matias Fernandez.

Cabos primeros.
Pedro Arancibia
Manuel Mendoza.
Cabos segundos.
Andres Duque
Manuel Arroyo.

Pifano.
Eulalio de la Vega.

Tambor.
Tomas Vilches.

ARTILLEROS.

Eujenio Avila
Tiburcio Romero
Manuel Aires
Vicente Huaman
Miguel Araujo
Francisco Banda
Joaquin Vidal
José Ugarte

Domingo Ramirez
Isidro Fernandez
Juan Gao
Juan de Dios Acuña
José Masias
Anselmo Castro
Pio Quinto Mori
Carmen Vargas

Cipriano Vargas
Simon Arvildo
Juan Bautista Arvildo
Melchor Vela
Juan José Maldonado
Espiritu Gilca.

Una violenta carga de caballería desde dos kilómetros de distancia, aprovechando que el despliegue de los escuadrones patriotas no había culminado. A las 4 de la tarde se produjo el choque y la superioridad numérica de los realistas y el hecho de que el despliegue no había concluido, ocasionó el prematuro repliegue de las fuerzas patriotas. Sin embargo, Canterac había cometido un error, lanzó a la carga la totalidad de sus jinetes, sin mantener elementos de reserva. Hecho que fue aprovechado por el 1er Escuadrón del Regimiento Húsares del Perú que se lanzó sobre la retaguardia y el flanco realista, ocasionando tal desorden en sus filas, que la persecución se detuvo y toda la caballería patriota se pudo reagrupar y lanzar un violento contrataque obteniendo la victoria. Muchos historiadores manifiestan que en esta batalla no se produjo ningún disparo; sin embargo, quedó registrada la participación de nuestra artillería en el diario El Peruano y en la obra Apuntes sobre la Artillería Peruana del coronel Álvarez y Thomas (1860):

> Nuestra artillería concurrió también a la batalla de Junín con una sección de dos cañones a las órdenes del mayor Guerrero[12] (José). Este jefe recibió del Libertador Bolívar señales inequívocas de consideración, por su serenidad en los momentos en que aquel ilustre caudillo creyó, si no perdida, en gran riesgo de suerte la batalla, y por la rápida y acertada colocación con que puso en batería sus dos piezas en aquella crítica circunstancias.

El Ejército patriota lentamente avanzó hacia el sur después de la batalla de Junín, alcanzando Chalhuanca en Apurímac el 24 de septiembre, en donde acampó y quedó a fines de octubre al mando del general José Antonio de Sucre. Esto debido a que el general Simón Bolívar retornó a la capital en busca de fondos para sufragar la llegada de una nueva división colombiana que estaba en camino para reforzar a los patriotas. El virrey La Serna, una vez reunido con las tropas del general Valdez que había enviado al Alto Perú, decidió iniciar campaña para batir a los patriotas vadeando el río Apurímac el 23 de octubre, dando inicio a una serie de marchas y contramarchas tratando de obligar a los patriotas a

12 El sargento mayor Guerrero era el oficial más antiguo de la compañía de artillería, pero pasó al Estado Mayor del general Gamarra, quedando como comandante de la compañía durante la batalla el sargento mayor Juan Luna, como quedó acreditado en la reproducción de la lista de revista en el diario oficial El Peruano.

presentar batalla. El general Sucre consciente de la superioridad numérica de las tropas del virrey, maniobró hábilmente tratando de evitar un enfrentamiento decisivo a espera de la llegada de refuerzos desde Lima. Sin embargo, el 3 de diciembre se produce la sorpresa de Corpahuaico en la que la División Vanguardia de los realistas al mando del general Valdez, sorprende a la retaguardia patriota, ocasionándole serias bajas y la perdida de gran parte del parque y uno de los dos cañones que disponían, pero gracias a la acción decidida del general Miller el grueso del Ejército patriota logra romper el contacto y continuar su marcha. El 9 de diciembre en la mañana ambos ejércitos se encuentran en la pampa de la Quinua, los realistas en las alturas del cerro Condorcunca y los patriotas en las afueras del pueblo de Quinua, el terreno fue muy bien elegido[13], ya que a ambos flancos discurren dos quebradas infranqueables que evitaban que los realistas intenten desbordar o envolver a los patriotas, dejándoles como única opción un ataque frontal con la seria limitación de que el frente de la pampa era muy angosto y dificultaría el despliegue de las fuerzas y agravando la situación de los realistas una pequeña quebrada de profundidad variable cortaba la misma. A la izquierda del dispositivo de Sucre se encontraba la división peruana al mando del mariscal La Mar, al centro la división Lara y en la derecha la división Córdova con la única pieza de artillería patriota (peruana) de 4 libras[14], ubicada en una pequeña elevación y que tendría que enfrentar a las diez piezas de artillería española[15] (Dellepiane, 1977). La batalla se inició con el descenso de la infantería realista desde las alturas del Condorcunca. El general Valdez cargó sobre el ala izquierda patriota e hizo retroceder inicialmente a las fuerzas peruanas de La Mar. La artillería realista descendió del cerro y procedió a entrar en batería con sus piezas, actividad que debido al peso de los cañones tomaba mucho tiempo. En el flanco izquierdo de los realistas se lanzó un precipitado ataque que chocó contra la bien

13 El mariscal Gamarra manifestaba públicamente en cuanta oportunidad se le presentaba, que fue él quien eligió el terreno para la batalla.

14 Este cañón histórico de cuatro libras se encontraba expuesto en el Museo y Biblioteca de la Artillería del cuartel Santa Catalina, perdiéndose en el saqueo de las tropas chilenas en la ocupación de Lima en enero de 1881.

15 De las catorce piezas realistas, cuatro quedaron en el camino por falta de mulos de recambio y bastes para reemplazar a los desgastados, producto de los rigores de la campaña.

posicionada división Córdoba que rechazó a las fuerzas enemigas causándole muchas bajas. Sucre decidió explotar el éxito y lanzó una parte de la caballería, la misma que arrolló a los realistas incluidos dos batallones de refuerzo al mando del mismo general Canterac que tuvieron que retroceder rápidamente. En el centro el general Monet fue lanzado al ataque por el virrey, encontrando la pequeña quebrada que cruzaba el campo debiendo descenderla y luego regresar a la pampa, en ese momento el resto de la caballería peruana se lanzó a la carga abatiendo a sus tropas y ocasionado un repliegue general. En la izquierda patriota, luego de que la división peruana fue reforzada por tropas colombianas, se estabilizó el frente y se lanzó un contrataque. Valdez, al ver que el centro y la izquierda realista retrocedían no pudo hacer nada para cambiar el curso de la batalla. El virrey y la mayoría de los generales realistas cayeron prisioneros, lográndose la victoria decisiva para asegurar la libertad del Perú y de la América del Sur (Dellepiane, 1977). La única pieza de artillería del Ejército del Perú que participó de manera extraordinaria estuvo a órdenes del capitán de artillería Manuel Fuentes (Álvarez y Thomas, 1860).

En el puerto del Callao, el brigadier Rodil se negó rotundamente a reconocer la derrota y retornó al Real Felipe con el convencimiento de que en cualquier momento llegarían refuerzos desde España y mantener a la fortaleza y el puerto del Callao serían vitales para la reconquista del territorio. Por su parte Bolívar luego de agotar todas las vías para conseguir la capitulación de Rodil, designó al general Bartolomé Salom como comandante en jefe del Ejército Unido de la Costa y en el mes de marzo de 1825, dispuso que la artillería peruana instale en las afueras del pueblo de Bellavista cerca del Callao piezas de artillería de sitio para iniciar bombardeos sostenidos sobre las posiciones realistas. En cumplimiento de la orden se trasladaron pesadas piezas navales «después de vencer mil inconvenientes y dificultades» (Álvarez y Thomas, 1860). El 2 de abril, luego de una ceremonia con la participación del general Antonio Valero, jefe de la división patriota y del teniente coronel Manuel Larenas comandante de la artillería peruana, se inició los fuegos de la primera batería peruana llamada Bolívar compuesta con nueve cañones de 24 libras, dos de 18

libras y un mortero[16] que batieron el interior de la fortaleza del Real Felipe. En tanto, una nueva batería realista fue instalada fuera de la fortaleza llamada Moyano, cerca del flanco del fortín de San Miguel[17] (Regal, 1961).



Maqueta expuesta en el Museo del Ejército de la fortaleza del Real Felipe, en la que se puede apreciar la ubicación de las baterías de la artillería peruana durante el segundo sitio del Real Felipe. Foto los autores.

Transcurridos 15 días desde la inauguración de la primera batería, se instaló una segunda batería llamada Valero con tres cañones de 24 libras reubicados de la Batería Bolívar que inició de inmediato el asedio a la fortaleza. Posteriormente, se instalaría dos baterías adicionales; Libertad y Puller sumando en total en la fase final del asedio veinticuatro cañones de gran calibre, al que habría que sumar una batería adicional de cañones de montaña de 4 libras de la Brigada de Artillería que se desplazaban por el frente de acuerdo a las necesidades.

16 El coronel Álvarez y Thomas manifiesta que fueron cañones de 24 y 12 libras y el mortero se encontraba desmontado poniéndose operativo gracias al ingenio del teniente Martínez, pieza que causó grandes daños al enemigo. Por su parte el general Felipe de la Barra coincide con Álvarez en el calibre de los cañones, pero no considera al mortero.

17 Parte oficial diario firmado por el coronel Francisco Picón jefe de Estado Mayor de la división, mencionado en Historia del Real Felipe de del Callao de Alberto Regal (1961)..

El intercambio de fuego fue constante y diario durante los nueve meses que duró el hostigamiento por tierra, hasta el 13 de enero de 1826, cuando se iniciaron las negociaciones que terminaron con el arriamiento de la última bandera española en el Perú y la salida el día 23 de enero del brigadier José Rodil y los sobrevivientes de su guarnición desfilando a paso redoblado desde la fortaleza hasta el puerto, embarcándose con sus oficiales y la poca tropa española sobreviviente con dirección a la península ibérica. Según Enrique Chirinos Soto en su obra Historia de la República (1977) citando al propio Rodil[18] manifiesta que los españoles dispararon más de 74.000 proyectiles de cañón, obús y mortero y más de 34.000 tiros de metralla, por su parte los patriotas dispararon más de 20.000 balas de grueso calibre, más de 300 bombas y gran cantidad de metralla.

De esta manera quedaba concluida la guerra de la Independencia y consolidada la libertad del Perú y América del Sur. En todos los campos de batalla en donde se enfrentaron las fuerzas patriotas y realista estuvo presente la artillería, apoyando eficientemente con sus fuegos potentes a las armas hermanas hasta alcanzar la victoria.

Bibliografía

- Álvarez y Thomas J. (1860). Apuntes sobre la artillería peruana. Lima, Perú: Imprenta tipográfica de Jorge Kugelmann.
- Chirinos E. (1977). Historia de la República: Perú 1821-1978. Lima, Perú: Editorial Andina.
- Delgado de la Flor M. (1860). Apuntes sobre artillería, extractada de los autores de mayor nota. Lima, Perú: Tipografía de Aurelio Alfaro y compañía.
- Dellepiane C. (1977). Historia militar del Perú, tomo I. Lima, Perú: Biblioteca Militar del Oficial del Ejército del Perú.

18 Los datos exactos inscritos en la Memoria del sitio del Callao del brigadier José Rodil (1955) indican 74.014 tiros de cañón, obús y mortero; 34.700 de metralla de parte realista, mientras que menciona que recibió 20.317 balas de grueso calibre, 307 bombas e incalculables tiros de metralla.

- Denegri F. (1976). Historia marítima del Perú: La República 1826 a 1851, tomo VI, volumen 1. Lima. Perú: Instituto de Estudios Históricos Marítimos.

- Grieve J. (1982). Historia de la artillería y de la Marina de Guerra en la contienda del 79. Lima, Perú: Industrial Gráfica S.A.

- Hidalgo T, Medina L, Sánchez G, Gálvez M (2005). Historia general del Ejército del Perú: Siglo XIX. Lima, Perú: Comisión Permanente de Historia del Ejército.

- Iglesias T. (1930). El poder de la artillería a través de la historia. Lima, Perú: artículo de la Revista Militar del Perú, Imprenta del Ministerio de Guerra.

- Luqui-Lagleyze J. (2006). Por el rey, la fe y la patria: El Ejército realista en el Perú en la independencia sudamericana 1810-1825. Madrid, España: Secretaria Técnica del Ministerio de Defensa de España.

- Maldonado H y Carcelén C. (2014). El ejército realista en el Perú a inicios del XIX. Las nuevas técnicas artillería e ingeniería y la represión a los alzamientos en Quito y el Alto Perú. Lima, Perú: artículo en versión digital PDF, Universidad Mayor de San Marcos.

- Oviedo J. (1865). Colección de leyes, decretos y órdenes publicadas en el Perú desde el año de 1821 hasta el 31 de diciembre de 1859. Lima, Perú: Felipe Bailly Editor.

- Regal A. (1961). Historia del Real Felipe del Callao. Callao, Perú: Imprenta del Colegio Militar Leoncio Prado.

- Rodríguez C. (2012). El Callao y las últimas batallas por la independencia del Perú (1824-1826). Lima, Perú: artículo publicado en la revista Documenta de Historia Militar (2012).

- Vargas R. (1981). Historia general del Perú: Emancipación (1816-1825), tomo VI. Lima, Perú: Editorial Milla Bartres.

Crl Inf (R) Julio Cassaretto Bardales

Coronel del Ejército del arma de infantería y especializado en Blindados, egresó de la EMCH como integrante de la segunda promoción "Mariscal Andrés A. Cáceres", el año 1987. A seguido los cursos; Básico y Avanzado de Infantería. Táctico de Operaciones Aéreas en la Escuela Superior de Guerra Aérea. Comando y Estado Mayor en la Escuela Superior de Guerra del Ejército, Maestría en Desarrollo y Defensa Nacional en el CAEN, PADE de Administración de Empresas en ESAN. Se ha desempeñado entre otros cargos como comandante en las siguientes unidades: Compañía Comando N°112, Batallón de Infantería de Reserva N°10, Batallón de Tanques "Uchumayo" N 211, Componente de Inteligencia Conjunto CE-VRAE; ha sido edecán del presidente de la República, agregado militar del Perú en la Federación Rusa y asesor del comandante general del Ejército.